

MISA DE LA CENA DEL SEÑOR
Homilía del P. Abad Josep M. Soler
29 de marzo de 2018
Ex 12, 1-8.11-14; 1Cor 11, 23-26; Jn 13, 1-15

Queridos hermanos y hermanas:

En la primera lectura leíamos que Dios decía a Moisés: tomad un *cordero*, matadlo, con su sangre marque las casas y luego comedlo. Hacía referencia a la primera celebración de la Pascua judía, que es la anticipación de la Pascua cristiana, que hoy empezamos a celebrar conmemorando la institución de la Eucaristía. El pueblo de Israel, con la comida del *cordero*, recuerda año tras año la liberación de Egipto, cuando la muerte pasó de largo por las casas de los hebreos que habían sido marcadas con la sangre del cordero y el pueblo salió de la esclavitud de Egipto.

La figura del *cordero* ha pasado a la liturgia cristiana. Al inicio mismo de esta celebración, cuando hemos cantado el "Gloria", hemos invocado a Jesucristo como "Cordero de Dios, Hijo del Padre", que quita "el pecado del mundo". Una expresión que volveremos a encontrar antes de la comunión, cuando, mostrando el Pan eucarístico y el cáliz, repetiremos las palabras de Juan Bautista dando testimonio de Jesús al inicio de su ministerio: "*Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo* (Jn 1, 22)". Y añadiremos: "dichosos los invitados a la cena del Señor".

Sí. ¡Dichosos los invitados a la cena del Señor! Os invito a detenernos un poco en esta expresión que proviene del judaísmo bíblico y que San Pablo aplica a Jesucristo cuando dice: *Cristo, nuestro Cordero pascual, ha sido inmolado* (1Cor 5, 7). La mesa del *Cordero de Dios* es, pues, en la Nueva Alianza, en la vida de la Iglesia, la mesa de la Eucaristía.

Jesucristo es el *Cordero de Dios*. Con este título recordamos la figura del cordero del que hablaba la primera lectura. Aquel *cordero* que con su sangre liberaba de la muerte y que con su carne alimentaba al pueblo al iniciar el camino, para fortalecerlo en la ruta hacia la tierra prometida. Pero este título de *cordero* nos lleva, también, al texto del profeta Isaías que habla del Siervo sufriente de Dios. Es un texto que leeremos mañana como profecía de la pasión de Jesús; dice: *cuando era maltratado, se humillaba y no abría la boca, como cordero llevado a matar* (Is 53, 7), porque *él ha llevado sobre sí los pecados de todos y ha intercedido por sus infidelidades* (Is 53, 12). Por ello, además, antes de la comunión cantaremos: *Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros*. Lo cantaremos mientras se parte el Pan Eucarístico que debe ser distribuido en la comunión para darnos vida. Partiendo el Pan Eucarístico, simbolizamos el Cuerpo de Cristo entregado por la humanidad, el *Cordero* sacrificado en la cruz. Él, el verdadero *Cordero* pascual, con su Cuerpo nos nutre para el camino de la existencia, nos libera del pecado con su Sangre, nos da vida en el Espíritu y nos salva de la muerte eterna. Así lo hace entender el evangelista san Juan que, después de haber presentado, al inicio de su evangelio, a Jesús como *Cordero de Dios* (cf. Jn 1, 29), explica que la crucifixión tuvo lugar a la hora en que en el templo de Jerusalén eran sacrificados los corderos para la cena pascual (cf. Jn 19, 14) y, como estos corderos, dice, que a Jesús, después de muerto, no le quebraron *ningún hueso*, porque los soldados se ahorraron romperle las piernas (cf. Jn 19, 36). Jesús es, pues, el verdadero y definitivo *Cordero de Dios* que *ha llevado sobre sí los pecados de todos y ha intercedido por nuestras infidelidades*.

Este título de *Cordero* aplicado de Jesucristo, sin embargo, no evoca sólo su sacrificio por nosotros, nos remite también a la imagen del *Cordero* que el vidente del

Apocalipsis vio en el *trono* del cielo. Era, dice, un *cordero en pie* y como *degollado* ante el cual todos los redimidos se inclinaban para darle culto (cf. Ap 5, 6). Es una imagen de Cristo resucitado; lleva las señales de haber sido sacrificado pero está de pie, vivo, como vencedor de la muerte. Él, que es el centro de la revelación de Dios a la humanidad y el único capaz de desvelar el sentido de la historia (cf. Ap 5, 6; 6, 1ss.).

Una historia que Jesucristo, el *Cordero de Dios*, nos enseña a construir con su palabra de Evangelio, pero que debido al egoísmo humano tiene mucho sufrimiento, mucha violencia e injusticia. La historia humana no tiene la convivencia fraterna y solidaridad que el Señor nos enseña a hacer realidad. Hoy, que contemplamos el amor de Jesucristo sacrificado como un *cordero* y su abajamiento para lavar los pies de los discípulos como signo de su voluntad de servir y purificar a cada uno de los seres humanos, queremos aprender de él a amar a los demás y a servirles. Uno de los problemas que aún perduran es la falta de trabajo. Por eso esta noche os proponemos colaborar en una colecta que haremos al final de la celebración a favor de la Fundación "Acción Solidaria Contra el Paro" que ayuda a mantener puestos de trabajo y a encontrar trabajo a quien no lo tiene.

Ahora repetiremos el gesto de lavar los pies que hizo el Señor la tarde de la última cena con los discípulos. Lo repetimos como expresión de la voluntad de todos de amar más y servir mejor; cada uno lo tiene que hacer en su entorno y en el contexto que nos toca vivir, sembrando semillas de paz, de reconciliación, de amor fraterno. Luego haremos el memorial del don que Jesucristo nos hizo en la última cena como anticipación de su entrega en la cruz. Después, reunidos en torno a la mesa del *Cordero*, recibiremos la Eucaristía para entrar en comunión personal con él, que nos libera de la esclavitud y nos salva de la muerte, dándonos vida, ayudándonos a amar y abriéndonos la puerta de la vida eterna.

Ante el Cuerpo y la Sangre de Cristo presentes en el Sacramento que hoy el Señor entregó a la Iglesia, podemos unir nuestras voces a las de la Jerusalén celestial cantando el canto nuevo de los redimidos: *Digno es el Cordero degollado de recibir el poder, riqueza, sabiduría, fuerza, honor, gloria y alabanza por los siglos de los siglos* (Ap 5, 12). Amén.